

## **La adolescencia de la humanidad:**

### **Riesgos existenciales, largoplacismo ético y el (vasto) futuro de la especie humana**

Traigo buenas y malas noticias. Para evitar un suspense innecesario, comenzaré con las malas: algún día nos extinguiremos. Esta certeza proviene de la teoría de la evolución, que proclama que todas las especies se extinguen en algún momento. Aunque ignoramos cuándo sucederá, lo que sí que sabemos es que la especie *Homo sapiens* acabará desapareciendo. En principio, esto puede ocurrir de aquí a unas décadas, varios siglos o dentro de millones de años.

De hecho, la certidumbre de la extinción ni siquiera es lo peor. Lo peor es que nos extingamos demasiado pronto. La extinción prematura es tan trágica como la muerte de una persona joven que desea tener una existencia próspera y longeva.

La buena noticia, por otra parte, es que el futuro de la humanidad puede ser próspero y longevo. Es decir, está en nuestras manos evitar una extinción precoz. Si evitamos ciertas catástrofes globales y los riesgos existenciales, la especie humana puede vivir de manera floreciente durante millones de años. Esta es, para muchas personas, una magnífica noticia.

Hacer real esta esperanzadora posibilidad es el objetivo de los estudios académicos para la mitigación de riesgos existenciales, una corriente que cada vez suscita más interés en la comunidad intelectual y científica. En esta entrada, voy a ofrecer algunas de las bases del debate sobre riesgos catastróficos globales profundizando una metáfora que ha cobrado cierta importancia en el mismo: la humanidad está viviendo una adolescencia. La adolescencia de la humanidad es una analogía especialmente estimulante para introducir la magnitud del desafío ético de los riesgos catastróficos globales que pueden languidecer el futuro de nuestra especie —y el de otros seres sintientes—.

Se comenzará clarificando el concepto de ‘riesgo existencial’, mencionando brevemente algunos de los más estudiados en la literatura académica. Después, se abordará el origen de la metáfora en cuestión, contextualizándola en su trasfondo filosófico y científico. A continuación, trataré de recharacterizar esta metáfora desde la figura del menor emancipado. En último lugar, se defenderá que debemos adoptar un enfoque largoplacista para desarrollar una madurez ética como especie que garantice la prosperidad de las generaciones futuras humanas y no humanas.

## Riesgos existenciales

El concepto de ‘riesgo existencial’ se refiere a aquellos riesgos que amenazan con destruir el potencial a largo plazo de la humanidad [1]. Estos riesgos remiten a catástrofes o a eventos concatenados que pueden extinguir la especie humana o limitar drásticamente (incluso de manera irreversible) el potencial de la humanidad para generar bienestar y prosperidad. Se suele distinguir entre dos tipos de riesgos existenciales: entre aquellos causados por eventos generalmente naturales (también llamados “riesgos existenciales no antropogénicos”) y entre aquellos causados y acelerados por nuestras acciones (los “antropogénicos”).

Entre los *riesgos no antropogénicos* destacan la explosión a gran escala de supervulcanes, el impacto de asteroides en nuestro planeta, otras amenazas cósmicas (erupciones solares, estallidos de rayos gamma o un decaimiento a un falso vacío) y, si llegasen a existir, una invasión de extraterrestres no amistosos. A corto plazo, se estima que la probabilidad de que riesgos existenciales no antropogénicos imposibiliten nuestra supervivencia es muy baja [2]. Aunque esta pequeña probabilidad no es totalmente despreciable, sí que son los que menos nos deben importar en los próximos siglos.

Los riesgos de mayor envergadura son los *antropogénicos*. ¿Qué tipos de riesgo se incluyen en esta categoría? Los dos más famosos son un holocausto global nuclear y el cambio climático. El primero refiere al riesgo de un conflicto bélico mundial en el que la escalada del uso de armamento nuclear tenga efectos catastróficos a nivel global. El segundo refiere a la degradación ambiental y al colapso ecosocial derivado del cambio climático, el cual podría convertir este planeta en inhóspito (e incluso inhabitable) para nuestra especie y para muchas otras más.

Otro riesgo antropogénico muy discutido es el que puede suponer una futura superinteligencia artificial no alineada con nuestros intereses humanos [3]. También se suelen discutir los riesgos existenciales relacionados con las pandemias (ya sean aquellas causadas intencionadamente por bioterroristas a través de la bioingeniería de patógenos, ya sean aquellas provocadas sin querer por transmisión zoonótica a través del consumo de comida animal o por la creciente resistencia antibiótica) y, en menor medida, con la nanotecnología (a través de posibles nanobots auto-replicantes)

Llama especialmente la atención lo recientes que son los riesgos existenciales antropogénicos. Este “demérito” se concentra en los dos últimos siglos, es decir, en un periodo de tiempo menor a un 0,1% de nuestra existencia como especie. Desafortunadamente, podemos echarlo todo a perder en muy poco tiempo.

Igualmente, no se puede descartar la posibilidad de riesgos existenciales imprevistos. Al igual que nos hemos dado cuenta recientemente de que hay riesgos antes ignorados que pueden amenazar nuestra supervivencia, puede que en el futuro descubramos riesgos de los que todavía ni somos conscientes.

## La adolescencia de la humanidad

En la década de 1980, cobró fuerza la reflexión sobre nuestros deberes éticos para con las generaciones venideras y el futuro más remoto. Jonathan Glover y Derek Parfit, dos filósofos de la Universidad de Oxford, tuvieron especial mérito al respecto. Ambos contribuyeron de manera significativa a la filosofía moral en la segunda mitad del siglo pasado. En particular para nuestro interés, estos filósofos oxonienses señalaron agudamente que la humanidad se encuentra todavía en una fase joven.

Por un lado, Glover publicó su libro *¿Qué clase de personas debería haber? La ingeniería genética, el control del cerebro y su impacto en nuestro mundo futuro* en 1984. En ella defendía la necesidad de adoptar una “perspectiva generosa”, más allá del cortoplacismo dominante, a la hora de reflexionar sobre la importancia moral del futuro y sus poblaciones posibles —especialmente en relación al impacto de algunas tecnologías emergentes. Glover consideraba que la historia humana está todavía en un periodo inicial [4].

Por otro lado, Parfit publicó *Razones y personas* también en 1984. La sección más famosa de esta obra filosófica cumbre es la cuarta y última, dedicada a las generaciones futuras. En sus páginas finales, Parfit afirma que la extinción humana sería un desastre ético, ya que se perdería el valor de las vidas futuras que dejarían de existir. Según él, la civilización humana está comenzando, por lo que debemos proteger este enorme valor que contiene el futuro [5].

Estas ideas de Parfit y Glover han tenido un eco moderado. Más recientemente, otro filósofo (y economista) de Oxford ha refinado esta concepción, popularizándola a un público más amplio. Toby Ord justifica en su [muy recomendable](#) libro de 2020, titulado *El precipicio: Riesgo existencial y el futuro de la humanidad*, el uso de la metáfora de la adolescencia de la humanidad de manera estimulante.

El razonamiento es el siguiente. Nuestra especie existe desde hace aproximadamente 200.000 años. Las especies de mamíferos suelen pervivir típicamente alrededor de un millón de años. Nuestro pariente cercano *Homo erectus*, de hecho, existió durante dos millones de vueltas al sol. Y, en teoría, nada impide que no podamos superar esa marca con creces. Por lo tanto, aunque a nivel individual 200.000 años nos puedan parecer una eternidad, es un período de tiempo relativamente corto como especie. En las palabras del propio Ord:

Si pensamos en un millón de años en términos de una sola vida de ochenta años, entonces hoy la humanidad estaría en su adolescencia, con dieciséis años de edad; apenas llegando a nuestro poder; pero lo suficientemente mayor como para meternos en serios problemas [6].

Esta idea expresada al inicio del libro se retoma en sus páginas finales. Tras la exposición detallada de los graves riesgos existenciales a los que se está auto-exponiendo la humanidad, esta metáfora adquiere un cariz de denuncia:

la humanidad se asemeja a un adolescente, con capacidades físicas en rápido desarrollo, sabiduría y autocontrol rezagados, poca reflexión sobre su futuro a largo plazo y un apetito insano por el riesgo [7].

Ambas descripciones de Ord son perspicaces. Por un lado, esta analogía informa que nuestro futuro como especie puede ser, en proporción, tan longeva como la vida que puede encarar una persona adolescente. Por otro lado, esta metáfora tiene un toque crítico. La adolescencia es un periodo en el que el desarrollo de madurez es fundamental, habida cuenta del impacto que pueden tener ciertas acciones temerarias en nosotros mismos. Ord no va desencaminado. Hay evidencias de que la asunción de mayores conductas de riesgo es una característica llamativa de la etapa de la adolescencia [8].

### **La madurez adolescente**

Ord menciona de pasada que nuestra adolescencia como especie tiene una particularidad. No hay adultos que nos impongan reglas [9]. Ciertamente, si no hay nadie que nos tutele, no nos queda más remedio que autogobernarnos, por nuestro propio bien y el de nuestro futuro. La humanidad está abocada a aceptarse, si se me permite la expresión, como un “menor emancipado”. Este término refiere a la figura legal que reconoce a ciertos adolescentes con madurez manifiesta una especie de mayoría de edad a efectos jurídicos (con los derechos, obligaciones y responsabilidades que ello conlleva) [10].

En cuanto a la preservación del futuro de nuestra especie, ¿qué grado de madurez podríamos otorgarnos? Si midiésemos la madurez por la experiencia, la inmadurez de la humanidad sería bastante evidente respecto a la prevención de catástrofes globales. Nuestra experiencia en el manejo de riesgos existenciales es muy reciente. Hasta hace poco, no éramos conscientes de muchos de los riesgos que amenazan nuestra supervivencia colectiva. Y, entre las amenazas más discutidas durante milenios, la mayoría han estado ligadas a visiones apocalípticas de corte religioso desligadas de base científica, tanto en la fundamentación del peligro como en su mitigación.

Sin embargo, la madurez es algo que se puede (y debe) desarrollar. Para ello, es importante considerar nuestras fragilidades y potenciales. Respeto a las debilidades, sabernos como una especie que puede perecer por nuestros propios errores, destruirnos por nuestras propias acciones, es fundamental. Respecto al potencial, debemos aprender a reconocer beneficios y daños más allá de nuestro presente. Para poder velar por los intereses futuros de nuestros descendientes, hay que reconocer que sus vidas son también valiosas. Para entender mejor esto último, conviene considerar algunos argumentos éticos.

### **Largoplacismo para desarrollar madurez ética**

Me gustaría finalizar presentando una teoría que está copando mayor discusión en la filosofía moral contemporánea. El *largoplacismo* es la corriente que aboga por ahondar nuestras obligaciones éticas con el futuro muy remoto. Asumir algunos de sus postulados

básicos puede ayudarnos a superar esta adolescencia, encarar decididamente los riesgos existenciales y facilitar un futuro floreciente para nuestra especie.

Hay dos filósofo-economistas que han defendido con vehemencia el enfoque largoplacista. Hilary Greaves y Will MacAskill, pertenecientes —adivinen— a la Universidad de Oxford, argumentan que nuestros deberes éticos para con las generaciones más remotas son mucho mayores de lo que estamos acostumbrados a reconocer [11]. Su argumentación contiene los siguientes elementos.

Desde una perspectiva imparcial, no debemos estar sesgados simplemente en nuestro propio beneficio presente, sin considerar a las generaciones futuras afectadas por nuestras acciones (y omisiones). Desde un compromiso con la igualdad, la vida de una persona humana, en principio, debe valer lo mismo independientemente de si esta disfruta de su existencia hoy o dentro de medio millón de años. Y, siguiendo a Ord, el futuro es potencialmente vasto: millones de generaciones venideras aguardan. En consecuencia, si nuestras acciones presentes pueden dañar o beneficiar en un futuro a trillones de personas —y demás animales no humanos—, nuestra responsabilidad con el porvenir (incluso el considerablemente remoto) se vuelve mucho más acuciante.

En este sentido, desde una mirada largoplacista, prevenir una extinción precoz es un deber ético primordial. Esta obligación ética busca no echar a perder este futuro potencialmente valioso. Adoptar el largoplacismo, aunque sea en un sentido débil, puede ayudarnos entonces a generar aversión a los riesgos existenciales. Este sería un gran avance para desarrollar mayor madurez respecto a nuestra responsabilidad ética colectiva con el futuro.

Para concluir, la adolescencia —en su sentido literal— tiene muchas cosas buenas. Entre ellas, hay una satisfacción que solo se aprecia desde la adquisición de una mayor autonomía y desarrollo personal, y especialmente desde la perspectiva que dan los años: ¡el haber superado esa etapa! Igualmente, retomando el sentido metafórico, quizás en un porvenir lejano nuestros descendientes y otros habitantes de este planeta (y quién sabe si de otros) puedan agradecer que los sapiens de nuestros días no fuimos tan egoístas ni tan imprudentes como para impedir su próspera existencia futura. La adolescencia no dura para toda la vida. Pero nuestra especie debería durar mucho más.

## Referencias

[1] Bostrom, N. (2002). Existential risks: Analyzing Human Extinction Scenarios and Related Hazards. *Journal of Evolution and technology*, 9(1), 1-31; Bostrom, N. (2013). Existential risk prevention as global priority. *Global Policy*, 4(1), 15–31. <https://doi.org/10.1111/1758-5899.12002>; Ord, T. (2020). *The precipice: Existential risk and the future of humanity*. Hachette Books.

[2] Bostrom (2013). *op. cit.*; Ord (2020). *op. cit.*

- [3] Bostrom, N. (2014). *Superintelligence: Paths, dangers, strategies*. Oxford: Oxford University Press.
- [4] Glover, J. (1984). *What Sort of People Should There Be? Genetic Engineering, Brain Control and Their Impact on Our Future World*. Middlesex: Penguin, p. 114-115.
- [5] Parfit, D. (1984). *Reasons and persons*. Oxford: Oxford University Press, p. 453-454.
- [6] Ord (2020). *op. cit.*, p. 21, traducción propia.
- [7] Ord (2020). *op. cit.*, p. 206, traducción propia.
- [8] Leather, N. C. (2009). Risk-taking behaviour in adolescence: a literature review. *Journal of Child Health Care*, 13(3), 295-304.
- [9] Ord (2020). *op. cit.*, p. 207.
- [10] Código civil [CC], artículos 323 y 324 (España).
- [11] Greaves, H. & MacAskill, W. (2021). The case for strong longtermism. Global Priorities Institute, working paper 5-2021. Disponible en: <https://globalprioritiesinstitute.org/wp-content/uploads/The-Case-for-Strong-Longtermism-GPI-Working-Paper-June-2021-2-2.pdf> (último acceso 24 de mayo de 2022)